

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 25 de Mayo de 1899

Núm. 444



La bella Otero.



La Otero de día.

Ha muerto Sarcey

No hace de *esto* que voy á contar mucho; un día (y no otro, naturalmente) me gritan: «tengo que comunicarte una mala nueva.» Como quien hablaba así no podía decírmelas de sujetos de mi familia, ni de allegados, que por lo afectuosos influyeran de modo inmediato en mis nervios, ni de cosa alguna que alcanzara á perjudicarme, ó á lo menos herirme con golpe de maza, díjeme, dije: «bueno.» Y acordándome, no sé por qué de Don Quijote: «¿qué follón, malandrín, etcétera, etcétera, va contra mis gustos é ilusiones y me reta á descomunal batalla?» — Nó, hombre, nó (repuso el otro) sinó que ha muerto Sarcey.

Así pensaba yo en el ilustre profesor, (con todo y llevar muchas horas de acordarme de él por lo mucho que *le* he leído) como pensaba en la última circasiana de Abdul-Hamid, en las calenturas de Muley-Hassán, en mis derechos proporcionales á las costas y tierras de Marruecos y en las zapatillas de Dato Iradier.

—¡Cómo! ¿ha muerto Sarcey?—Sí, ha muerto.—El que me comunicaba la noticia, diríase que estaba acongojado *oficialmente* como si perteneciera á la familia del difunto.—¡Pobre hombre! (repuse) pero ya era tiempo.—Morir á los setenta y pico de años, consiguiendo todo cuanto él consiguió, batallar con hombres como Zola, y batallas, no de las de darga en astillero, sinó de lanza legítima en ristre, respeto y aplauso de sus enemigos y amigos, triunfo de la modestia y de los azares, sujeción de la fortuna, persecuciones inútiles; morir dejando en el historial de la crítica batalladora, digásmolo así un nombre, no es morir. «¡Con que ha muerto! (concluí como resumen ó remate de mis pensamientos). Pues nada, que lo entierren.»

Dirán ustedes que es inhumana mi fraseología. Nó, señores: ¡cuántos darían todos sus millones retirándose á la piedra de Pedro el Ermitaño, para morir como ha muerto Sarcey!

Era Sarcey uno de los ilustres á su manera, y dentro de su especialidad, adelantado, príncipe, y puede, puede que hasta monarca. Comenzó por donde acaban, no tarde, pero á deshora muchos de nuestros eximios, estudiando. A los treinta y *avos* casi no se le conocía como escritor; pero amigo íntimo y camarada de About, estudió en la Normal con Taine: Taine escaló los altos puestos de la filosofía, de la historia y de la política (nó como la entienden nuestros Cánovas y nuestros Silvelas); About conquistó gloria en la escena, y Sarcey... no desmereció de uno ni otro; no llegó á tan grandes alturas, porque su modestia fué más fuerte que su talento, con ser éste digno de ponderación y estima. Lo que puede afirmarse es, que no siempre alcanzaron sus iguales tantos respetos y tantos elogios en el periodismo.

Acomodábase el estilo de Sarcey á sus muchas virtudes, y á la copia de ingenio que le adornaba para mandar en jefe: era entre claro, puro y burlón. Escribía como si hablase, para que le entendiesen los más. No era crítico general, como lo son aquí todos cuantos quieren dar opinión (sobre los que la tienen) así hablen de hierros viejos, aunque no se hayan dedicado nunca á forjar. Había hecho, en resolución, de su juicio conciencia.

Sarcey, crítico, profundo cuando lo quería, hablaba á las muchedumbres. No quiso ser académico, y fué esto en honra suya, pues no se necesitan títulos oficiales para enseñar. Bastábale á él ser maestro, y siéndolo, consiguió que todo un público de París dejara desierto el teatro, obediente á su voz, y en noche de estreno. No consiguen por acá tan raro ejemplo de sugestión, ni aun los emperadores de la Crítica.

Pudiera hablar mucho de este notable, pero no queda espacio; Sarcey ha muerto: cuántos hay por ahí, cuántos, que debieran tomarle como ejemplo y modelo, y que aun imitándole, y siendo aplaudida la imitación, exclamarían justamente: ¡quién fuera Sarcey!

CLAK

Novela corta

XII

Ocurrió como lo tenía indicado Córcoles. Avinose Juana fácilmente con lo que se le propuso, y era de suave conformidad su asenso; el espíritu de la infeliz criatura desmayaba en sosegado y lento caer, según va hundiéndose el sol cuando las tardes son quietas y apacibles, para dejar tinieblas en el horizonte de que huye y encender el orto del hemisferio que alumbra. Tuvo, al revés de lo que suele ocurrir con muchos enfermos, la visión clara de la muerte: sentía tan honda fatiga, que dijera si se lo preguntasen, cómo pesaba sobre su pecho el ambiente, con pesadumbre de granito: el viento era caliginoso, como pasado por una fragua encendida; la luz producía en los ojos no sé qué suerte de cosquillas que parecían hechas con puntitas de alfiler: y al mismo tiempo, confundida con aquella inexplicable sensación de angustia, la ventura jamás gozada hasta entonces de verlo y sentirlo todo más bello, más dulce, más grato, y sublime: veía mirando arriba, colores que no hieren la retina, de una transparencia ideal; percibía ruidos sutiles, pero armónicos, cuyos acordes nadie osara traducir; la atmósfera estaba más cargada de perfumes; las esencias eran más fuertes, más penetrantes los aromas. Abriendo mucho la boca una vez para tragar el aire, murmuró: — « ¡qué hermoso es vivir! » Cerró y apretó los labios prontamente, porque eran igneas las oleadas que entraron en sus pulmones; el esfuerzo que hizo fatigó el huelgo; amagóle un golpe de tos que fué al principio seco y que disolvió un esputo, horrible por lo duro de arrancar; encendiósele la cabeza, coloreándose vivamente el rostro; parecía que se ahogaba y allí concluía; escupió en el pañuelo, y sosegada al rato, abrió la tela para ver si la naturaleza pregonaba ya la derrota del organismo: mirando la saliva, que era espesa, no blanca y sin ojos, aunque ella no sabía por qué, dijo: — « ¡aun nó! » — No tropezó con el hilillo de sangre, no líquido sino casi compacto, que imaginaba encontrar. Sin embargo, se echó en la cama, porque quedó rendida, con los bronquios doloridos, con no sé qué punzada viva, como si lo mordiesen, en el corazón, con las piernas estiradas, poco menos que rígidas, con las caderas aplastadas en los colchones, tal, que no parecía sino que pegándose á ellos quedara por aquél lugar sin tacto, con los brazos caídos á lo largo del talle, en desmayo que provenía de los hombros recibiendo el soplo glacial del tórax, sudosa la frente y frías las extremidades. Aquello pasó al rato, imagino que por supremo esfuerzo de su voluntad, y al levantarse, mostrósele la faz pálida con rosetones sanguíolentos en las mejillas, y algo más marcados que hasta allí los carrillos.



La Otero de noche.

Desde aquel punto ya no perdió su figura de cera, el triste y frío aspecto de estatua.

Titubeóse en señalar el cantón á donde irían; pensóse antes en Neuchatel, pero quedó decidido que escogerían posada en cualquier punto del Lago Mayor: entre otras cosas, porque habiendo dicho el médico que era su dictamen que la dejaran en reposo varios días sus amigos, determinaron los extranjeros viajar por Italia y de allí pasarse á Suiza.

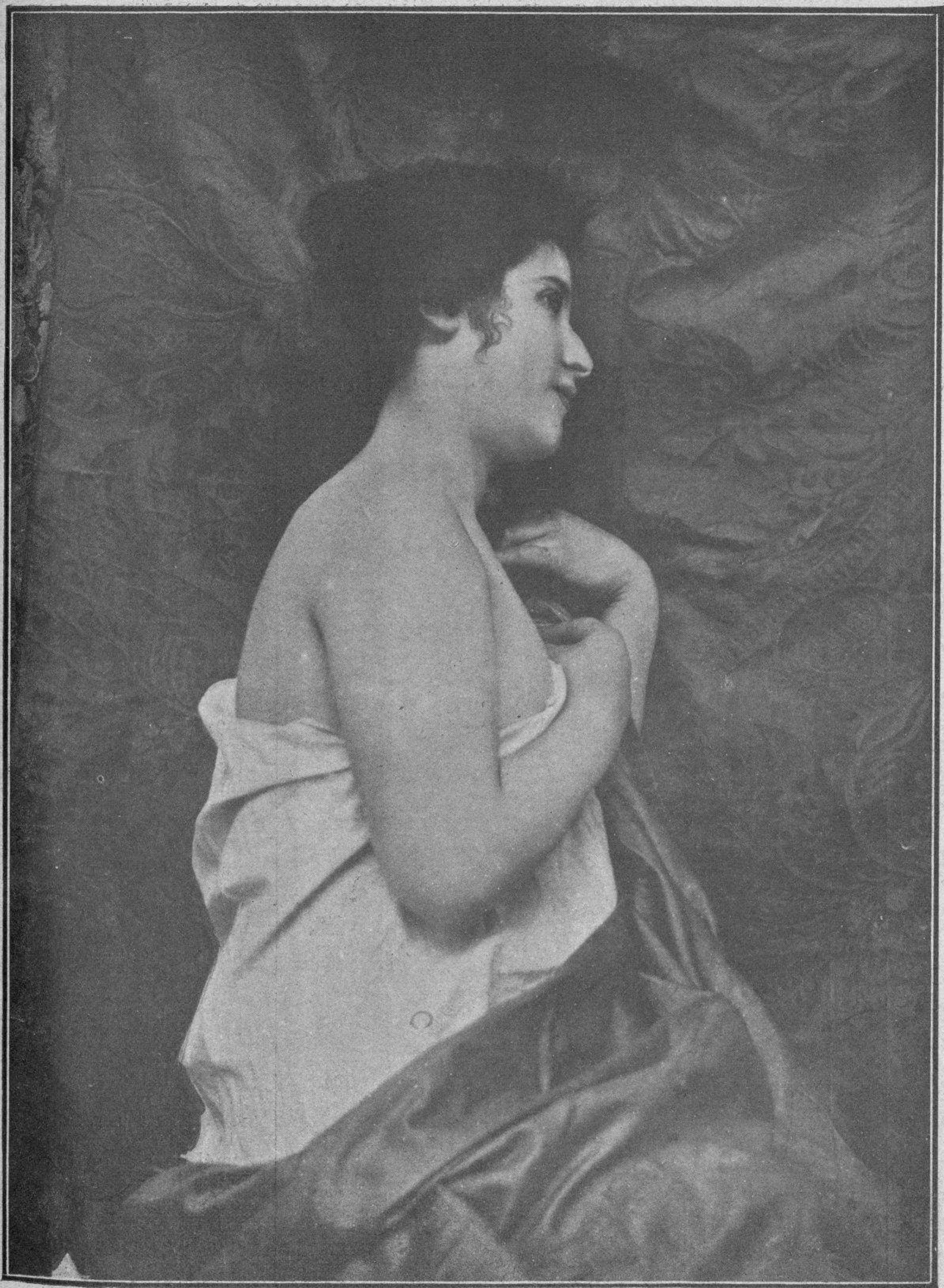
Quien no dió su brazo á torcer fué Mariana; durante los quince días que siguieron en la ciudad del Turia preparando el viaje, la española no dejó á su amiga, hasta el extremo que fué preciso montarle cama en la salita junto á la alcoba de la Vernot; no se deslizó entre ella y Rolland, á partir de este momento, ni una mirada indiscreta, ni una frase que no fuese de pura y respetuosa cortesía, y Juana no se quedaba atrás tampoco en lo de fingir ignorancia para todo lo que pudiera traslucir enamoramiento.

Por otro camino oculto iban las historias de esta verídica narración, y fué uno de ellos (que aquí se cita por lo que pudo influir en el desenlace), el que impulsó á Mariana la víspera de abandonar Valencia á comunicarle á su tía, la señora doña Patrocinio Vives de Puerterrudo, que levantaba el campo, y noticias tan substanciosas como las que contiene este párrafo:

«También le advierto á usted que don Pedro Rupilancha de la Escosura, barón de Cuatroestados, es traidor á sus principios, á sus ideas, ó si eso no, á su índole hidalga y á su seriedad de hombre. Porque una de dos, ó transige falsamente, engañándose á mí y mintiendo, (cosa que no debe hacer ningún cristiano ni varón bien nacido, cuanto más en asuntos tan graves), ó si dice verdad, poca es su fe en materias tan respetables como la comunión religiosa, lo mismo de este campo que del otro. Ignoro si le ha dado él cuenta de que ocho días atrás celebró conmigo una entrevista de mucha trastienda é importancia para su porvenir y el mío. Dijome que no le era posible vivir sin mi cariño, sin mi amor, ó sea, señora tía, aunque le escandalice la verdad, sin mis millones y sin mi cuerpo; porque así piensa él en mi alma (caso de que pique tan alto como creyente), según yo pienso en las babuchas de Mahoma, y en las *zalemas* que se le hacen al zapatero que las trabajó ó labró. Dijome, además, que estaba decidido á abjurar, si yo se lo exigía, y que nos casaríamos donde yo desease, lo mismo en Londres, que en San Petersburgo, que en Nueva Yorck, que en Pekin, por el rito y usanza que más fuere de mi gusto. Que suscribiría carta de donación ante notario y bautismo donde yo lo exigiese. Y con franqueza, señora tía, yo no me enamoro de hombres trapisondas, que así con tanta irreverencia manejan puntos tan sagrados como la religión y el pensar, y no enamorándome, no me caso con ellos. Daré antes libremente mi cuerpo, si se me rinde la materia, segura de que no ofendo en tal extremo á



Descanso á discreción.



Estudio.

Dios. Quiero que me amen sobre todas las cosas, pero no sobre la causa primera de lo creado, y siendo honrada, y muy grandes mis convicciones respecto de la constitución de la familia, me guardaré de formarla con tan bastardos, ruines y torpes fundamentos. En resolución, mandé al barón de Cuatroestados noramala, y se lo advierto para que vea que su sobrina es buena y noble, y aprecie qué marido católico, apostólico, etcétera le destinaba usted. Quisiera yo que abriese usted los ojos, aunque se me figura tarea imposible; pero, ya que yo no la herede, si quiere usted merecer la misericordia divina destine toda su fortuna á los pobres y en mandas que lleguen fácilmente á los menesterosos, sin intervención de personas que tengan en las manos la substancia que tienen en sus tentáculos las arañas, para enredarla á usted. Voy á Suiza, al Lago Mayor, no sé si á Locarno, Lugano ó Bellinzona. Le escribiré desde el punto en que me establezca. Es posible que me case el año próximo, es posible que nó.»

La caravana se dividió en dos secciones; milady Hobson, Rolland, la Forgent y Kenteld continuaron el viaje por Francia, corriéndose después á terreno italiano y yendo á corretear por Lombardía antes de caer en el Lago Mayor. Los Vernot y la Pertiguero plantáronse de una volada en Suiza, donde les fué fácil elegir acomodo, que se halló junto á la ribera del Tessino, en lugar apetecible, por la belleza del paisaje y por la dulzura del cielo. Alquilóse una *villa* capaz para que revolases con holgura los pájaros luego que volviesen de la excursión.

Dióle á Marianilla honda tristeza la quietud y soledad de los contornos, que le parecieran,



Ensayando la romana.

ran, por lo floridos y refrigerantes, amenos y gratos, si no fuese la ocasión que allí les conducía. Acompañaba continuamente á Juana, quien no acababa de ponderar el afecto que le había embargado el ánimo desde que vió en su amiga tan grande y rara solitud.

—¿De veras no me guardas rencor? — Preguntó la Pertiguero una tarde en que paseaban juntas por una alamedita frondosa.

—¿Rencor? — Repuso la francesa con suave y melancólica sonrisa. — Hace tiempo que no siento mi alma impulsos que la dañen; no hay en ella más que silencio y dulzura, como ahora aquí, en el campo. Conforme me voy apagando, ocurre en mi pensamiento una cosa rara: diría que se enciende en él no sé qué luz misteriosa y destruye todas las sombras ruines. Se me figura que voy á morir sin pena ni quebranto.

—¿Qué has de morir tú, hijita? A todos nos has de enterrar, como más joven que eres.



Caprichosa.

La Vernot guiñó los ojos picarescamente. Sin hacer esfuerzo alguno, sin toser, sin más que inclinar un poco el cuerpo y la cabeza, soltó una bocanada de sangre. Quedóse seria, muda; la emoción fué grande, porque se apoyó en los hombros de Marianilla, como si estuviese muy fatigada; la Pertiguero estaba más livida que ella. Propuso que se retiraran á la quinta, por si el aire fresco que soplaba trayendo en sus ráfagas acres olores, le hacía daño. Cuando estuvieron en la habitación de la enferma, donde Mariana la colmó de cuidados, de atenciones y de caricias, *Jeanne* dijo:

—Ahora, ya va de verás.

—Pero es que tú eres foñta: te preocupas, te pones en lo peor. Llamaremos á Córcoles Sierra y verás como te riñe y como afirma que eso no es nada.

—Sé que voy á morir, lo sé tan cierto como te tengo delante. No te apene, porque yo lo deseo con toda mi alma. Lo que sentiría es que sucediese el caso sin que hubiera vuelto Rolland.

—No tardarán. La última carta de milady Hobson así lo dice.

—No es por verle... Mira, quiero que me concedas un favor, está en tu mano que yo muera tranquila, dichosa. Cásate con él.

—¡Oh, amiga mía! No te atormentes... He pensado mucho durante esta ausencia: no le quiero... se me antoja que no le he querido nunca...

—¡Qué mal sueltas las mentiras, Mariana! Te digo, que yo veo claro, muy claro: que hay mucha luz, una luz misteriosa en el cerebro. Ya ves, lo mío no se puede remediar: todo sacrificio es inútil. ¿Crees que voy á tener celos? Ya no, ya no; en otro tiempo sí, rabia.

Pasó entonces, sin duda, por sus nervios el último relámpago de pasión humana, porque le acometió un golpe de tos opaca, débil, y se le llenó la boca de sangre. Pillóla así su hermano que acababa de entrar, y de tal modo se alarmó que dispuso expedir un propio



Antes del trabajo.

para que se telegrafiase al doctor. Se acostó á la pobre niña y cuando ya estuvo en el lecho, como si continuara la conversación, volviendo sobre su persistente idea, insinuó en voz baja á la Periguero:

—Si no os casáis, cada uno tirará por su lado, y dentro de poco nadie se acordará de mi; si os casáis me tendréis presente toda la vida; quiero llevarme algún calor de cariño á la tumba.

Una semana más tarde estaban reunidos en la villa todos los extranjeros, quienes llegaron casi á la par de Córcoles Sierra. La entrevista con Rolland fué conmovedora. Juana insistía en sus propósitos como niño que desea un juguete, y lo peor era que le daba por lo más sensible del enterrecimiento. El doctor tuvo que acudir con su autoridad y con sus remedios para conjurar la crisis.

Mariana llamó á capitulo al inglés.

—Por humanidad, para que tenga algún consuelo en su agonia, veamos con qué arbitrio se hace creer á Juana en nuestra unión.

—¿Y por qué fingirla, cuando puede ser real y verdadera y nada se opone á ello? ¿Es que usted no me ama?

—Francamente, Rolland, le amo á usted, pero tengo miedo al matrimonio. No quiero señorías efímeras que duren lo que dura la ilusión para dejar el paso franco á la servidumbre. Usted jurará que yo soy su ídolo, y aun cuando vayan las cosas de la mejor manera posible, no dejaré de ser ídolo de barro. El barro se rompe fácilmente. Sé muy bien que, como humanos que somos, estamos expuestos á todos los fracasos y catástrofes de la humanidad.

—Señorita mía, yo la amaré á usted eternamente, aun cuando no me case con usted.

—Eso lo dicen todos los enamorados. Quisiera yo que cerrando los ojos, los abriésemos años adelante, cuando usted rico, sin penas ni amarguras, se conservara casi tan fresco como hoy, y yo, pasando por todas las vicisitudes de la maternidad y por todas las crisis de la mujer, me encontrase más redonda de lo que el antojo pide, con los pechos caídos y lacios, con la cintura ancha, y con las facciones no puras y limpiadas. Después yo, que así pienso, imagino también que no me asiste derecho alguno para esclavizarle eternamente. Por eso no quiero el matrimonio.

Rolland sonrió:

—Mire usted, Mariana, — dijo;— cuando la ilusión que, naturalmente, es efímera se destruye, queda un cariño suave, dulce y reposado, que reemplaza con ventaja al amor y hace la unión más inefable y perfecta. No soy yo mozo viciado y libertino, y aunque mi entendimiento y mi alma no tienen méritos para poseer los tesoros de su espíritu, mi corazón está sano. Yo no me he enamorado sólo de su hermosura, aunque mucha parte ha sido en mi tormento amoroso, sino que amo principalmente las virtudes que adornan su sér. Y como esas virtudes no las aniquila el matrimonio, único medio de conquistarlas, porque otro, si una vez tuve torpes pensamientos, yo no lo aceptaría hoy, claro está que no hay miedo de que desmaye en mi dulce esclavitud.

—¿Sabe usted que le encuentro cambiado?

—Ah, señora mía, es que en estos cortos meses de ausencia, mi espíritu trabajó lo que se trabaja en siglos: la memoria de usted, que era para mí como espejo en qué mirarme, me hizo progresar: ¿no hay otros que por el amor conquistan reinos, son valientes, labran tesoros y fortuna y hacen imposibles? Yo pensé: no estás á su altura y debes merecerla, y he trabajado en las minas de mi espíritu, con tan loco afán como el minero en las minas de las montañas. El obstáculo que usted pone no sea obstáculo. Casémonos en Suiza. Cuando usted quiera, yo la dejo en libertad de pedir el divorcio. Por mi parte estoy seguro de no desear nunca el amparo y asilo que me dejen las leyes para dejar de amarla y servirla.

—Esta es mi mano — replicó conmovida Mariana Pertiguero.

Pocos días después llegó á Tessino el padre de Rolland: concertóse que Córcoles Sierra y Juana Vernot apadrinarían á los novios, y la ceremonia se verificó sin aparato, sin galas, sin alegrías: un aire triste y glacial pasaba de uno en otro, y la comitiva más que comparsa del amor y de la felicidad, parecía cortejo de difunto. Esforzábanse todos por reír y caminar alegres; pero á pesar de que se les dibujaba la mueca en los labios, no conseguían sino parecer graves. El único sér jovial era la tísica, la sentenciada á garrote.

Terminadas las formalidades y ceremonias, Jeanne rogó que la dejaran en su aposento con los recién casados. Acomodóse en un sillón, donde en aquel extremo de su enfermedad pasaba las más de las horas; y parecía (por su mucha palidez, por la livor é inmovilidad de sus labios, por la transparencia de su carne en las manos rígidas, huesosas) estatua de cera. Únicamente los ojos agudos, relucientes, vibrantes, casi desencajados de sus cuencas daban fe de vida. Sentada en el suelo Mariana, abrazó sus rodillas; el inglés se contuvo respetuosamente á poca distancia.

—Rolland — dijo la enferma — he pasado una noche muy mala; he tenido muy malos pensamientos; perdóneme. (*Hizo seña para que no la interrumpiesen*) Prométanme que el primer hijo que les dé Dios llevará mi nombre...



Pensando en él.

J. F. Luján.

La procesión

— Usted, no abandone al chico,
— No te separes. Tomasa,
haga el favor, un momento.
— ¿Señores, quién quiere agua?
UN GUINDILLA. — *Estesen* quietos
UN GOMOSO — La Librada,
con su trajecito verde
con golpes color de grana...
— Oye — que viene la tropa,
— Jesús, qué linda muchacha.
Parece un cinematógrafo
¡qué vistas más variadas!
¿Y la del sombrero negro?
— Es lo mismo que un paraguas.
— Mamá — dice una pollita,
y al oído le relata
yo no sé qué *precisión*

que ella le contesta — ¡aguarda!...
— ¡Caramelitos de gomal
— ¿Quién me compra la retama?
á *perro chico* los ramos
señores, que se rematan
— Que los jamones se olean,
cierre, por favor, la falda...
— Que vienen los timbaleros,
haya quietud y *prosapia*.
DOS MEMOS. — ¡Jesús, qué cursi
esta fiesta, me empalaga!...
UN PINTOR. — ¡Qué lindo cuadro!...
UN RATERO. — Ni una *alhaja*...
— Retírense *hacia* los lados —
con serenidad exclama
un guardia del municipio,
y con la voz atiplada

hay quien dice: — Polavieja,
expresiones á tu *máma*...
— Las de Catre no han venido...
— Las de Gómez hacen falta...
— Mira tú cuantos *confetti*
— Y qué diversión más santa...
— Por Dios, que me pisa usted
— ¿Me perdona usted la falta?
tiene usted los pies tan chicos,
que cualquiera los repara...
— En cambio, pesa usted más
que la opinión de Sagasta.
— Nene, súbete á la silla
— No *quero*, no *me á* la gana. —
Y su papá cariñoso
le suelta una bofetada.
El niño sube á la silla,
pero se cae de espaldas,
hallando el *punto de apoyo*

en un perrito... que ladra.
Por fin el cortejo asoma
la Virgen llevan en andas,
y completa el lindo cuadro
con sus aires la charanga.
Al asomar la custodia
se arrodillan y se callan.
¡Que no hay que ser altanero
con quien nos rige y nos manda!
Y después sigue la juerga;
y cuando la noche avanza...
satisfechos se van todos
caminito de su casa,
creyendo que ya han cumplido
lo que tradición les manda.

MORENO

Cuentos

Un rico banquero de Nápoles, estando cercano á la muerte, confió su hijo único á los religiosos de cierto convento para que le educasen y le admitiesen después en su orden, dejándoles todo su caudal, que era de cien mil ducados, y previno que si su hijo quería seguir otra carrera, los religiosos le diesen *lo que quisiesen*. El hijo, habiéndose hecho adulto y no acomodándole el estado eclesiástico, reclamó los bienes de su padre. Los religiosos no querían darle más que diez mil ducados, y él fué á quejarse al duque de Osuna, entonces virrey de Nápoles. Los religiosos alegaron la expresa cláusula del testamento, y el duque sentenció en los términos siguientes: — «Es de justicia, reverendos padres, que se cumpla la voluntad del testador; éste dispuso que diesen ustedes al hijo lo que *quisiesen*; de cien mil ducados *quieren* ustedes noventa mil, luego esta es la cantidad que deben dar al hijo.»

Pasando el Sena en una lancha Enrique IV, notó que el barquero tenía el pelo de la cabeza blanco y la barba negra, y preguntándole la causa díjole el pobre hombre:
— Esto, señor, depende de que habré hecho trabajar más la cabeza que las mandíbulas.
Recordando aquel monarca la contestación del barquero, cierto día que se le presentó un diplomático con la barba canosa y el pelo negro, dijo á su gentil-hombre:
— Este buen diplomático ha trabajado más de mandíbulas que de cabeza.



ALZA PILILI

The Standart.

Pensamientos

Dos cosas es preciso saber sufrir para soportar la vida; las injurias del tiempo y las injusticias de los hombres.

No es lo mismo *doctor* que *docto*.

A muchas visitas se las acompaña hasta la puerta únicamente para tener la seguridad de que se van.

Si la prensa no existiera, fuera preciso inventarla.

Tener ó no reputación, es cosa indiferente, pero tener mala reputación es desgracia que se debe evitar.

El hombre económico es el más rico, y el avaro el más pobre.

La humanidad se divide en dos grandes clases: los que tienen más pan que hambre, y los que tienen más hambre que pan.

Quien destruya una preocupación, una soía, es un bienhechor de la humanidad.

Quien vota discute.

Un hombre honrado debe gozar de la pública consideración sin pensarlo, y casi á pesar suyo. Buscándola queda juzgado.

El que bautiza á una criatura le da un nombre: el que bautiza el vino quita á éste el nombre que lleva.
(Memorias de un aguador de Lisboa.)



¡Mire que tener yo que limpiar los zapatos de la suegra del señorito cuando él me trata con tanta dulzura!



Las malas pasiones

INTRODUCCIÓN

Cánticos dulces de alegría plácida;
del hombre triste bienhechor suspiro;
gritos desgarradores que conmueven,
hieren mi oído.

Del goce y del dolor grandiosa escala,
que va desde el infierno al infinito,
donde se arrastra el hombre como inmundo
reptil dañino;

de la vida y la muerte los misterios
que empujan al mortal hasta el abismo;
los sangrientos despojos que entorpecen
largo camino;

carcajadas sonoras que en la noche
nos hacen encoger estremecidos;
sarcasmos viles que á las almas hieren;
rezos contritos;

blasfemias espantosas que á los pechos
llevan sin compasión trágico frío,
y fervientes plegarias dirigidas
al Dios bendito;

besos dulces del alma enamorada;
chocar de vasos; de cadenas ruido;
músicas deliciosas; ayes locos;
alegres gritos...

En baraunda gárrula va todo,
hiriendo brutalmente los sentidos,
que se estremecen al pensar que es hombre,
reptil dañino.

ENVIDIA

En el brutal festín de las naciones,
miserables histriones,
sin vergüenza, sin fe y sin sentimiento,
la Envidia presidiendo á las pasiones,
royendo corazones,
toma lugar en encumbrado asiento.

Mordedora de lodo y podredumbre,
quiere escalar la cumbre
maltratando con furia á los mortales,
y en su loco y terrible devaneo
no tiene más deseo
que agobiar á los buenos con sus males.

Su lengua de reptil, su lengua impura,
con gracia y donosura,
va hiriendo mortalmente cuanto toca;
y al escuchar desgarrador gemido
del pobre desvalido,
alegre canta y ríe como loca.

No hay desdicha capaz de conmoverta
y no hay nadie que al verla,
no se figure estar junto á una santa;
pues de amor maternal va haciendo alarde,
en tanto que, cobarde,
quiere herirnos el pecho y la garganta.

Marchemos juntos, compañeros míos,
con juveniles bríos
y aplastemos con furia á los gusanos.
No respetemos nada á nuestro paso.
Húndase en el ocaso,
ese sol que calienta á los tiranos.

Destruyamos la mísera langosta
que los campos agosta.
Nada de terminar la cruda guerra,
hasta que nuestra mano decidida
acabe con la vida
de todo lo que estorba hoy en la tierra.

No sintáis compasión por el que herido,
lance agudo gemido
implorando un perdón que no merece;
que siga el miserable con su llanto,
y, con alegre canto,
ahogaremos el grito que estremece.

Lleguemos al festín de las naciones,
valientes corazones,
y aplastemos los míseros gusanos;
que nada nos detenga en nuestro paso;
que se hunda en el ocaso
ese sol que calienta á los tiranos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

solamente así á uno...
...
...
...
...



Idilio naturalista

I

Román era poeta, filósofo... y gandul.
Era también un joven grande, de los que van á todas horas para hombres, por viejos que se hagan.

Y era además desastrado, de la clase de bohemios sucios. Cuando estaba distraído, ó sea cuando filosofaba, metíase los dedos por las narices, ó se mordía las uñas.

II

El placer más grande de aquel príncipe puerco consistía en no dar tormento á la mano ni á las articulaciones... en no hacer nada.

Tumbarse sobre una silla ó sobre un sillón, porque él no se sentaba nunca; ponerse en las posturas más raras y extravagantes, por ejemplo, con la cabeza caída en el respaldar y los pies en alto, haciendo de cualquier cosa, hasta de una resma de papel apoyo; consentir que sus ojos, en fuerza de distraídos, se perdiesen mirando á lo azul, y su pensamiento errase sin tino y no tuviera la voluntad que enfrenarlo, constituía para mi hombre un placer tan grande, como para cualquier goloso chupar un caramelo ó llenarse la boca de almíbar.

¡Se le hubiera oído ponderar las dulzuras del sueño! «Dormir, dormir mucho, no tener conciencia de que existimos, aunque digan los filósofos que el espíritu no reposa y trabaja desusadamente.» ¿Y la gloria de morirse, cuando da la fortuna por que sienta uno que se muere? «No hay felicidad comparable: la muerte es sueño, no de horas, de toda la vida: ¡sentir uno que cae, que cae, que cae en el sopor sin término, de que no despertará nunca! ¡Dormirse el hombre, en resolución, seguro de que no ha de sentir mañana el disgusto de restregarse los ojos!»

Y entretanto, Román dormía de un tirón diez, doce y quince horas.

III

No porque sea perezoso el ser humano deja de sentir ganas de andar.

En fuerza de estarse quieto y tumbado el bohemio llegó un día en que deseó *estirarse*, correr.

Salió al campo, y como era poeta, de los que cantan, pero no escriben, porque les pesa la pluma, admiró aquel dulce y espléndido revivir de Mayo, y como era filósofo compuso en su imaginación notables reflexiones celebrando el concierto de la naturaleza, y como era gandul, tum-

bóse sobre la yerba esponjosa, á la sombra de un algarrobo y junto á un riachuelo.

Las chicharras cantaban; zumbaban los moscardones; decía no sé qué gárrulamente el gorrion; chupábanle trompeteando los mosquitos; se le metió una hormiga por el cuello; picóle una avispa; le miró desde la sombra un sapo; cayósele cerca de la boca una lagartija; miró sin conmoverse la agonía de una mosca presa en la tela de araña; y el gandul no abandonó su postura, y el filósofo dejó que vagara en sus labios una sonrisa indefinible, y el poeta murmuró con entusiasmo loco: «¡bello es vivir!»

IV

Distrajole un rumor que desentonaba en aquel singular idilio; oyó voces que parecían besos, palabras tenues como suspiros; ruidos que estaban en la naturaleza y no venían de la naturaleza.

Apretó los párpados para no ver y para que el enemigo se figurase que dormía.

Precaución inútil: la pareja enamorada no había visto al bohemio, no le vería jamás, pues sólo tenía ojos para su amor; el despertar de Mayo con sus perfumes, su luz, sus auras tibias, etcétera, etcétera, le tenfan sin cuidado; el mundo entero también; se me figura que hasta el sol, la luna y los planetas, cuanto hay por ahí arriba. Iban con los ojos de par en par y estaban ciegos. Lo invocaban todo sin pensar ni fijarse en nada. El que ama no es Dios, pero es un semi dios, y no pudiendo parecer perfecto como aquél, es orgulloso y casi siempre estúpido com el falso profeta.

Los amantes pasaron muy cerca repitiendo el duo antiguo que no envejece jamás, como ha dicho no sé quien, aunque tengo para mí que no fué el zancarrón, ni siquiera Schopenhauer:

—¿Me quieres? — Te quiero.

—Te quiero. — ¿Me quieres?

V

Llevaba del brazo el hombre á la dama, pero confundíanse las figuras de tal manera, que más parecía que la estrechaba, tratando de absorberla, queriéndola para sí:

Román no tuvo tiempo de fijarse en su rostro; pero se sacudió las orejas, imaginando que zumbaba un cínife en sus oídos.

Si no fuera tan gandul habría levantado el

cuerpo: se limitó á abrir mucho los ojos: murmuró:

—¡Anda, andal esa es... digo, ha sido mi mujer.

Sacudió los brazos para espantar á una abeja, incorporóse un poco para escupir á la araña que se comía á la mosca expirante, llamó *hidepú* al gorrión ó lo que fuese que desde arriba, desde la rama, hizo de su mejilla excusado, aplastó sobre la frente á un mosquito que le picaba, y continuó inmóvil, mientras de la pareja enamorada llegaban confusamente á sus oídos estas frases:

—Te adoro...

—¡Mi único dueño!

VI

Ahora sí que no sabía Román si entre sueños ó cómo oyó voces de angustia.

Lo cierto es que se enderezó, que abrió mucho los ojos, y no aguzó menos las potencias.

Los gritos seguían, y no tardó en ver que la tragedia ocurría detrás de un árbol. Un cabrero robusto había casi tumbado sobre la yerba á una zagala, que llorando airadamente, defendía su cuerpo y su honor de una acometida bestial, del despotismo de un macho.

Plantóse en dos brincos allí Román (y el gandul dejó de ser gandul, para que triunfara el poeta), y la emprendió á puñetazos con el bruto, quien no se quedó manco en tal apretura.

Salió Román de la suya con el carrillo hinchado, chorreándole sangre por la boca, y poco faltó para que le saltase un ojo el gañán. Su contrincante quedó mucho más magullado que él.

Renació el filósofo: quedóse rascando la barba, que naturalmente le picaba un poco, y reputó como merecido su mal por el bien que había hecho. Pasóle, sin embargo, el pensar: «y cómo yo no he de tropezarme ya en cien años con la zagala y no he de caer tan á punto como cayó antes el excremento del morral del gorrión, ¿qué viene á ser mi aventura, sinó la aventura de Don Quijote contra los batanes? El pastor tendrá más ocasiones de arremeter contra la zagala, que yo de evitar entuertos».

VII

Y no obstante, cosa rara, siguiendo el camino de la ciudad, parecíale que nunca como entonces habían exhalado tan ricos perfumes los almendros en flor, las rosas, los jazmines, los claveles. No oía zumbar á los moscardones ni á los mosquitos, ni gritar á las chicharras; pero sí se le antojaba que los píos del gorrión hambriento, concertando con los quejidos de la tórtola, con el hablar del rruiseñor, con el arrullo del palomo, con el cántico de la alondra, con el murmurio de las ramas y de los arroyos, resbalaban en su espíritu con sonos y armonías, que nunca jamás repercutieron en su sér.

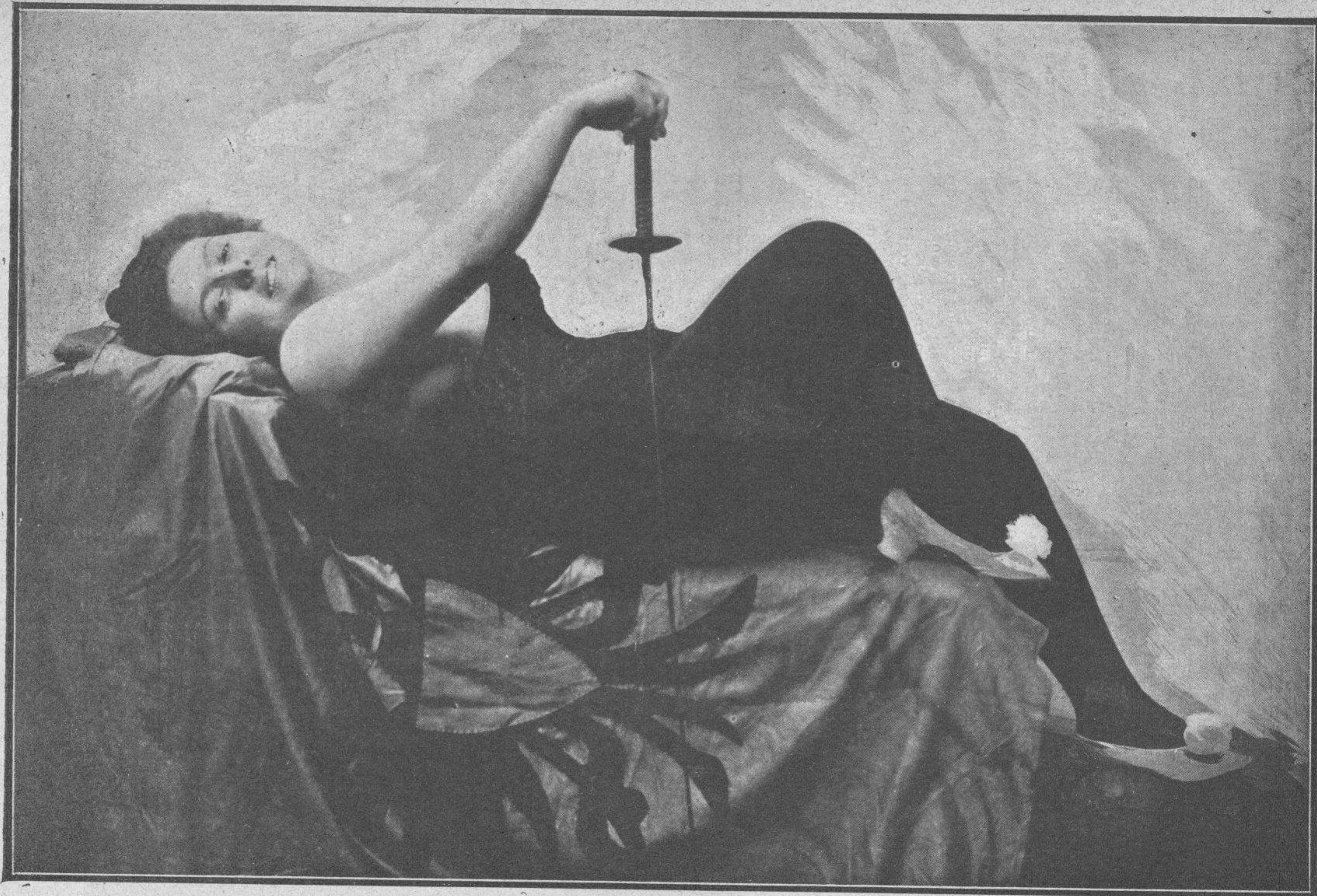
Hasta el sapo que volvió á mirarle desde la sombra le parecía hermoso.

Era que Dios había encendido, sonriendo al notar la derrota del demonio, la naturaleza toda, la creación .. y Román acababa de ver aquella sonrisa sublime...

CLAUDIO UGENA



Fantasmagoría.



Después del asalto.

La gitanilla

Quiero contaros hoy una cosa que me sucedió hace mucho tiempo, cuando yo era muy joven y lo veía todo de color azul y rosa, tal vez porque los cristales de mis ojos eran rosa y azul.

Viájaba yo por Sierra Morena en un día caluroso de Julio. El sol se desplomaba implacable sobre la tierra reflejando en las doradas espigas del trigo, que se balanceaban pausadamente como agradeciendo la ardiente caricia del cielo; mi caballo anduvo con pereza durante largo rato, como si le ahogase el polvo que levantaba con sus vigorosas patas, y yo, sofocado y sediento, deseaba llegar á la próxima arboleda para poder descansar de las fatigas del viaje, á orillas del río cuyo cauce, temible durante el invierno, quedaba convertido en arroyuelo pacífico en la época de los grandes calores.

Aquel mal rato tuvo su término. Quiero decir que llegué al sitio deseado y pude refugiarme á la sombra de los álamos, dejando á mi caballo en libertad de pacer y acomodándome en el sitio que creí más cómodo para comer y descansar, tendido á la larga unas horas, mientras pasaban las del sofocante calor.

No bien saqué la merienda de mis alforjas, sentí ruido á mi espalda y, al volver la cabeza tropezó mi vista con una muchacha mal vestida, casi harapienta que hacia mí se acercaba. Tenía los ojos negros como el azabache, brillantes como el sol, rasgados y soñadores; su cara quemada del sol y del viento, de líneas perfectas, su garganta admirable, su flexible talle, todo me hizo recordar algunas estampas que yo había visto: retratos de mujeres hermosas que según rezaba el epígrafe eran bellezas griegas.

Si los harapos de la muchacha pudieron causarme asco, lo hermoso de su cabellera, su picaresco modo de mirar y la desenvoltura con que se presentó á mí, quitaron todo el mal efecto que con su torpe y sucia indumentaria hubiera podido producir.

La invité á comer cuando me saludó con un «Dios te guarde» á media voz más guasón que tímido, y cuando oyó la oferta sentóse á mi lado con familiaridad adorable mientras me decía:

—Comeré contigo, porque llevarás cosas que yo no he comido en mucho tiempo.

—¿De dónde eres?

—Deninguna parte; los que

son como yo no tienen pueblo ni cosa que lo valga.

—¿Viviréis muy mal?

—No lo creas. Vivimos mejor que vosotros, porque no tenemos leyes que nos esclavicen, ni hombres que nos manden. Hacemos siempre nuestra santa voluntad.

—Pero eso no será siempre. Algunas veces estaréis sujetos á opresor yugo.

—Eso nunca. Si queremos estar bajo la protección de un jefe, tenemos el de nuestra tribu, que tampoco nos manda porque es como nosotros. Nos alejamos de nuestras cuadrillas á nuestro antojo, somos libres como el aire, más libres que los pájaros mismos que tienen que someterse á la beneficiosa influencia de un clima.

—Pero tú habías bien el castellano. Para que te entiendan tendrás que vivir siempre en España; ya no tienes pues tanta libertad como el pájaro, puesto que te ves obligada á vivir en determinado punto.

—Nosotros, los de mi raza tenemos un lenguaje especial por el que nos entendemos sea donde fuere. A más aprendemos en seguida lo necesario para poder decir la buena ventura.

—Sabrás que eso lo reprueba Dios.

—Yo no tengo Dios; no creo en él, no me arrastro ante nadie como vosotros pidiéndole gracias. No tengo más que la ambición de vivir; fuera de eso nada. Todos mis bienes se reducen á el vestido andrajoso que llevo puesto. Soy como el caracol que lleva su casa á cuestas.

—Alguna vez amarás y te verás esclavizada.



Congreso femenino.

La Saeta

—Ya amo, y no conozco la esclavitud de que hablas, por que amo á una cosa más santa que la que vosotros amáis: amo á la Libertad. Esta es mi única diosa y mi único amante.

Quiso después decirme la buena ventura, y tuve que darle algunas monedas. Ella se despidió deseándome suerte y buen viaje, y se alejó cantando con voz alegre una canción que decía:

Soy libre como la hermosa
águila real que tiene
su nido sobre la roca.

¡Cuántas veces he pensado en aquella gitanilla enamorada de la Libertad y libre como el noble salvaje cuando andaba errante por los bosques!
RUILOP



— . . . ¿Y qué te dijo?

— Que morirá por tí si no le amas.

— Obras amores son. Puede morirse,
que hasta entonces no creo en sus palabras.

Besos y cantos

Un ave de los cielos
á tu balcón bajó alegre piando;
se detuvo, y después, á los cristales
con premura saltando,
no sé si adentro con afán miraba;
pero sí que en el pico te llevaba
besos de las regiones ideales.

Y como nada vió en la estancia oscura
(pues la luz ya en el cielo se perdía),
las alas desplegó, cantó un momento
y echó á volar, segura,
si otra vez con los besos se volvía
guardados en el pico al firmamento,
que dejaba entre tanto,
en el aire vital de tu aposento,
la dulce melodía de su canto.

Yo sé que tú dirás, mi bien querido,
que entre sueños lo vió mi fantasía:
¿pues no sabes qué cosa lleva al nido
de una virgen, al dueño de la umbría?

Al mirarme mañana, sin enojos
descifra tal misterio, Lola mía,
en la expresión amante de mis ojos,
que de ternura te dirán hablando
¡ay! cómo envidio al ave que del cielo,
para tocar á tu cristal piando,
abatió en tu balcón el raudo vuelo.

CARLOS SAMUEL





MISCELANEA



Decía un inglés, recién llegado de la India, elogiando la inteligencia de los elefantes, que había visto en Pnom-Penh, uno de la especie, que yendo enfurecido por una de las calles más concurridas atropellando á todo el mundo, vió en medio del arroyo á un niño de teta que la gente se habían dejado abandonado, lo cogió con cuidado y se volvió dejándolo en el suelo con mucha suavidad.

—¡Ciertos!—dijo un andaluz— porque yo me encontré con dicho elefante en París, que tomaba una botella de ajeno para enfurecerse de nuevo.



Quando las dudas me asaltan
tu dulce imagen contemplo;
y parece que tus ojos
me dicen siempre:—Te quiero.

A. ARROYO.



Llevaba un filósofo muy cubierta una canasta; hallóle cierto mancebo, y le preguntó curioso:

—¿Qué va en esa cesta?

—Para que tú no lo sepas va tapada, — respondió el filósofo.



De ti seré siempre esclavo
si tu me adoras, bien mío;
¡Muy buena es la libertad
pero mejor tu cariñol...

J. FERRÉ E.



Montagne decía: mejor se puede sufrir el estar siempre solo, que el no estarlo nunca.



Decía cierto marqués á un gran capitalista:

—Sabed que yo soy hombre de *calidad*.

Y el capitalista contestó:

—Y yo soy hombre de *cantidad*.



Un vate boquerón, allá en Jiloca,
dijo así refiriéndose á una boca:
—«Boca bella, pequeña, purpurina,
fantástica, ideal, fresca, hechicera,
matadora, divina,
risueña, virginal, dulce y parlera;
boca pura, sublime y perfumada,
yo me muero por ti, boca adorada.»
¡Señores, por favor, un adjetivo
para este *vocativo*!



CHARADA

Segunda, tiempo de un verbo
tercia tres igual tres prima
y prima tres, igual Todo
¡cualquiera entiende este enigma!

F. JOTAPE.



Rombo logográfico

R I V A L

1 2 2 5 3

Con las precedentes letras empleadas cada una tantas veces como indica la cifra que hay debajo, formar un rombo, en que se lea: 1.ª línea, conso-

nante; 2.ª, en Bilbao; 3.ª, población; 4.ª, en las aves y 5.ª vocal.

I. TESNOP.



Problema aritmético

```

* * * * — 30
* * * * — 30
* * * * — 30
* * * * — 30
— — — —
30 30 30 30

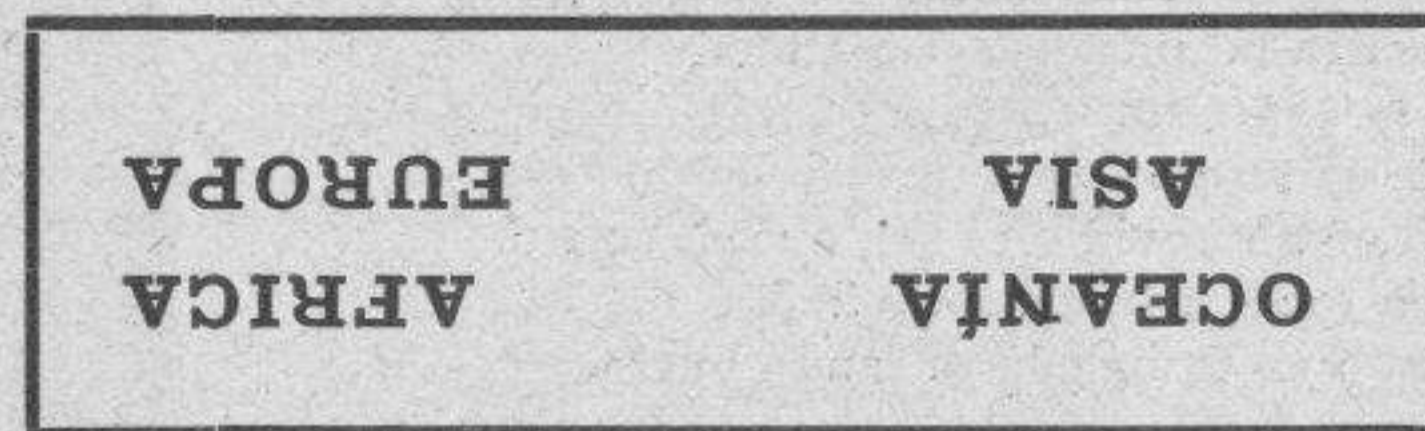
```

Sírvase usted buscar cuatro números y combinarlos, de manera que den el resultado indicado.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.



Jeroglífico comprimido



JUAN CORALES.



Cuadrado

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

```

Substituir las estrellas por letras de modo que vertical y horizontalmente, resulten: 1.ª, isla; 2.ª, dictador; 3.ª, filósofo; 4.ª, tiempo de verbo (plural) y 5.ª tiempo de verbo.

JOSÉ CARDIELLO.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADA. — Penacho.

CANTARES GEOGRÁFICOS. — Tudela.—Cartagena.

ROMBOS ENLAZADOS.—B

```

L col T
duo cenar ria
Luisa Bonoris Tiple
oso largo ala
a rio e
s

```

TERCIO SILÁBICO. — Leo - pol - do
pól - vo - ra
do - ra - dor

TARJETA. — Juan Balaguer.

ROMBO NUMÉRICO. — Natividad.

Correspondencia

Y vuelvo á advertir á los señores que ocultan con iniciales y con pseudónimos su nombre, que es precaución inútil, pues yo no digo quien son, así me aspen,

Nuestro corresponsal exclusivo en la República Mexicana, es don Joaquín Llobet en Veracruz.

como ellos no quieran. Cuanto más, que acusa descortesía escribir cartas, jugando al escondite.

También aconsejo á los que están fingiendo cartas de aquí y de allá, encaminadas á un fin tan estúpido como criminoso, dándose el gustazo de calumniar traidoramente y á mansalva, y de mentir á sabiendas, que no sigan en tarea tan ruin, propia de bellacos: los pudiera desenmascarar á poca costa, porque me ocurre lo que á ciertos gobernadores, que tengo el hilo de la trama ó de la conspiración; pero soy más noble y me parece tan ridícula la comedia, que los desprecio y me río de sus maquinaciones, contentándome con apercebirles, repitiendo aquello de

« Non es de sesudos homes
ni de infanzones de pro,
facer denuesto á un fidalgo
que es tenuto más que vos. »

O aquello otro:

« La victoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar, la hace mejor:
pues mientras vive el vencido
venciendo está el vencedor. »

Aunque escueza, eso es indiscutible, Y nada más por hoy.

F. Fotape.—Las charadas, sí, lo otro, no.

C. Rezo.—De usted todo lo contrario, lo otro, sí y las charadas no.

O. P.—« Tómese usted (me escribe) la molestia de leer los disparates adjuntos... »

Poco cuerdo anda quien recomienda la lectura de disparates, ó es extraña manía la de reconocerlos y no ocultarlos, tratando de hacerlos públicos y notorios.

L. M.—Casi de la misma manera, aunque sin colgarle una *h* al verbo oír, y sin asonantar dos versos seguidos, dijéronlo ya otros. En *poseen*, no hay dos sílabas, según su cuenta, sino tres, según la mía; y así lo disponga el más famoso rabadán. esas dos *ees*, no se unirán nunca, porque se están dando de puñetazos.

R. C. S.—No, señor; no se le puede echar en cara que escriba usted versos, pero sí que los escribe usted mal.

G. M. R.—Bien, hombre; ha acertado usted. Lo publicaremos.

J. LL.—Muy viejo, muy flojo, y muy poco interesante. No puedo servirle.

Adiós, señor Director.—¡Abur, hombre!

V. del P.—Siento mucho no poderle complacer.

S. G.—No se ha recibido lo otro; á lo presente contestaré con la firma que pone al pie, « oscuro ».

A. A. M.—La mayor parte de lo que me ha mandado, obraba ya en mi poder.

Mamerto Verdugo.—Así, así; las guasas gastarlas finas ó no gastarlas. Estoy conforme con usted y no quiero tampoco « presumir de presumido », de manera que no vuelva á llamar hermosos á mis ojos.

M. de A.—No quitan el sentido, pero en fin, veremos. Haga algo más gracioso, cuidando mejor la forma.

E. A. de la R.—No sirve.

Chiquitín.—¿Hará pocos días que le han destetado á usted, no?

G. de la G.—¡Caramba! ¡Caramba!

« El otro día salí de paseo
y me puse á andar por los tejados
y me fingió el deseo
que yo era un gato... »

¡Caramba! ¡caramba! ¿iría usted á cuatro patas?

V. H.—Empieza usted el cuento: « La Rosa era una muchacha muy simpática, y era muy buena, y era princesa, y era virgen, y era todas esas cosas que digo, porque era santa, y no sé qué mala tentación le había dado de casarse dos años antes con el Roque, tuerto, mameluco, que estoy convencido de que no le quería aunque tenía ya de él cinco hijos, el mayor de nueve años. Y yo fui y me acerqué y ella me dió un bofetón, que aun me duele... » Camará, lo creo; porque una mujer que tiene en dos años de casada cinco hijos y continúa siendo virgen, lo menos que puede hacer es sacudirse las moscas, saltando las muelas al primero que se le arrima.

Sopetón.—Por eso no quede, ahí va la Dolora:

« Heres rosita de Mayo
con mucha gracia en el sayo
y en los deditos espinas
y cada vez que te veo
lloro y río de placer
y grito ¡viva tu madre! »

Es usted uno de los más grandes poetas que ha producido la cristiandad. Usted no habrá nacido de vientre de mujer, sino que como Minerva saldría de la frente á consecuencia de un gran dolor de cabeza que le daría á algún otro sér mitológico.

R. E.—« La historia nos prueba que el hombre es burro. »

¡Digo, y qué bien rebuzna usted!

A. D. P.—Utilizaré algunos. La poesía es incongruente.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**SANTAL
MIDY**

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



20 cents.

Núm. 445

